

# Encuentro en la distancia

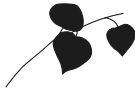
Antología de obras seleccionadas  
en el III concurso literario



Asociación Amigos de  
**Haroldo  
Conti**









# **ENCUENTRO EN LA DISTANCIA**

Asociación Amigos de Haroldo Conti

Encuentro en la distancia III / Director editorial: Pablo Roesler; editado por Clara Becerra; Ramon Oscar Inama; diseñado por Luciana Civit; prólogo de Matías Facundo Moreno. - 1a ed. - La Plata : MEVEJU, 2023.

100 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-631-90009-3-1

1. Narrativa Argentina. 2. Poesía Argentina. 3. Memoria. I. Becerra, Clara, ed. II. Inama, Ramon Oscar, ed. III. Moreno, Matías Facundo, prolog. IV. Título.  
CDD A860



EDITORIAL  
**MeVeJu**  
Derechos Humanos PBA

©2023, Asociación Amigos de Haroldo Conti  
Todos los derechos reservados

Editorial MeVeJu, 2023.

ISBN 978-631-90009-3-1

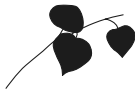
Impreso por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires  
Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

**Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires**  
**Calle 53 N°653 esq. 8**  
**La Plata, Buenos Aires CP 1900**  
**(221) 4893960/63**  
**editorial.meveju@gmail.com**

# ENCUENTRO EN LA DISTANCIA

ANTOLOGÍA DE OBRAS SELECCIONADAS  
EN EL III CONCURSO LITERARIO





# Introducción

La Asociación Amigos de Haroldo Conti de Chacabuco, se constituyó en el año 2012 con el fin de difundir y promover actividades de reconocimiento del escritor y autor chacabuquense detenido y desaparecido durante la última dictadura en nuestro país. Así, entre las acciones principales se encuentra la de fomentar la lectura de la obra de Conti fortaleciendo su conocimiento a nivel local, provincial, nacional y latinoamericano, y además se da difusión y se organizan propuestas educativas y culturales en relación con el autor.

En el año 2020, esta Asociación, lanzó el Concurso literario “Encuentro en la distancia” con el objeto de fomentar la actividad cultural, en especial la literaria. Este Concurso surgió ante la necesidad de encuentro a pesar de los protocolos impuestos por la pandemia, lo que motivó el nombre del concurso. En el año 2022, se realizó la tercera edición del mismo, con la participación de más de 150 obras de todo el país. El Concurso fue reconocido por la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires (Expte. D-1271/20-21) y en esta nueva edición contó con el acompañamiento de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires.

De la III Edición del Concurso “Encuentro en la distancia” resulta la presente Antología que reúne las 10 obras seleccionadas por el jurado, entre poemas y relatos con la temática esta vez, de la memoria.

Haroldo Conti, en una entrevista de Heber Cardoso y Guillermo Boido, en 1975, ha manifestado que escribir “es una obsesiva lucha

contra el tiempo, contra el olvido de los seres y las cosas. Uno siente que envejece, que se va, y quiere que algunas cosas, de alguna manera, permanezcan.”

Este Concurso que nos encuentra, aún en la distancia, traza ese camino para estar cerca y hacer presente la memoria de Haroldo Conti.

**Asociación Amigos de Haroldo Conti de Chacabuco**

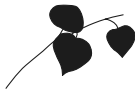
# Prólogo

El presente libro es el resultado del trabajo por la memoria y la cultura que impulsa desde la ciudad de Chacabuco la Asociación de Amigos de Haroldo Conti. En esta III Edición del Concurso Encuentro en la Distancia la consigna fue “La Memoria” y contó con el apoyo del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires a través de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.

Impulsar y acompañar estos proyectos que buscan promover, visibilizar y fomentar la Memoria, la Verdad y la Justicia es parte de las políticas de Derechos Humanos que a partir de la asunción del gobernador Axel Kicillof recuperaron la centralidad de las políticas públicas provinciales.

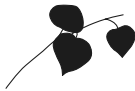
Es por eso es que desde la editorial MeVeJu de la Subsecretaría de Derechos Humanos acompañamos la realización del concurso y la edición e impresión de este libro que enriquecerá el acervo cultural y de memoria para todas y todos las y los bonaerenses.

**Matías Facundo Moreno**  
Subsecretaría de Derechos Humanos



# **Poesía**

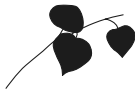
## Primer premio



# Rostros con memoria

Roberto Ayala

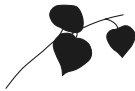
La memoria habló a pesar de las mordazas,  
anduvo a pesar de sus ancianos pies,  
tuvo hijos a pesar de que le hurtaron el útero,  
tuvo sangre a pesar de que dejaron abiertas sus carnes.  
La memoria recordaba su nombre,  
a pesar del tiempo y su amnesia,  
deambulaba los mismos sitios a pesar,  
de la geografía urbana y sus paredes.  
La memoria tuvo sombras a pesar de que le quitaron el cuerpo,  
y cuerpo que dejó de ser sombras,  
y luces que no ardían sus ojos,  
y perfectos rostros con memoria.





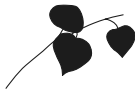
## **Biografía**

Roberto Ayala nació el 5 de febrero de 1989 en Monte Chingolo, Lanús. Escribe desde la adolescencia y empezó a tomarse en serio la escritura con la aparición de la música y la composición de las primeras canciones. La influencia política y social, influyó en sus producciones los últimos 10 años. Actualmente es politólogo de la Universidad Nacional de Lanús y comparte sus diversas producciones en [robertoayalaoficial.blogspot.com](http://robertoayalaoficial.blogspot.com)



# Poesía

## Menciones



# En el parque de la memoria

Viviana Abnur

me fui sin avisar

yo que apenas  
pisaba el agua

me fui para volver  
y ahora te veo  
de espaldas  
mirando al horizonte  
preguntándote por ese niño  
que camina sobre el río

el agua está crecida, decís

entonces silbo fuerte  
y llego hasta tu pelo

¿si me escucharas  
hablarías por mí?

ahora soy del agua ¿sabés?  
como esos camalotes

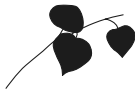
que te nombran  
e insisten contra el muro

no llores más  
hay una flor que espera  
a punto de nacer

¿lo harías?

## **Biografía**

Viviana Abnur nació en Buenos Aires, en diciembre de 1964. Publicó, *Agosto* (Alción Editora, 2007), *Delta* (Macedonia Ediciones, 2009), *Flores y velas* (Trópico Sur, Uruguay, 2014), *La pereza* (Macedonia Ediciones, 2018), y *Rash* (Macedonia Ediciones, 2022). Integra las antologías *Animales distintos de poetas argentinos, españoles y mexicanos nacidos en los sesentas* (UNAM, Ciudad de México, 2008) y *Poesía argentina por Palestina* (Fundación Monte Carmel y Embajada del Estado Palestino, 2016). Participó en diversos festivales, entre ellos *San Juan en Pluma* y el *Festival Latinoamericano de Poesía* en el Centro. En 2010 recibió el Premio Nacional de Poesía Adolfo Bioy Casares.





# Betty en el agua

María Verónica Simonetti

Betty en el agua siente frío,  
su sueño pentotal no es tan profundo.  
Ve alejarse el avión y sabe  
que otros peces nuevos nadan cerca.  
Tanto amor y tanta furia,  
tantos peces...

Betty en el agua siente pena  
se va el avión y se lleva la esperanza  
la hermana, tía, hija, se disuelve  
y se nos pierde.

Y esperarla y llega el odio inútil  
que no la devuelve  
y el sueño de vengarla  
que no alivia el dolor.

Años de espera  
sin saber que el agua la tenía  
que la trae de vuelta dispersada  
que el aire la respira y la sostiene  
que una costa la guarda y no lo sabe.

Algún suelo  
en algún lado  
brotada y verde  
renacida.

Y nosotros que esperamos y ella sabe  
que esperamos algo nuevo  
otra cosa  
además  
tal vez, en algún lado, un subte, una vereda,  
un primo con sus ojos.

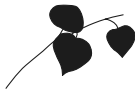
Betty en el agua mira el día  
y la luz la celebra  
sabe que vuelve, sabe  
que no termina  
cierra los ojos y nos piensa  
en el momento final.

Nos envuelve su amor  
nos acaricia  
nos perdona  
y el agua del río crece un poco.

Todavía pasan cosas  
la vida urgente nos atropella  
vamos a volver a verte  
lo sabemos  
solo que todavía no.

Betty en el agua nos saluda  
nos conoce  
nos recuerda y sabe

que recordamos  
pero es tiempo y se disuelve  
se devuelve  
en mañana y luz.

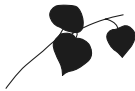


## **Biografía**

María Verónica Simonetti nació un mediodía de enero con tormenta, y está convencida de que ese fenómeno climático constituyó un presagio. Es bióloga y profesora de biología, y como tal, bastante literaria. Lo mejor y lo peor de su historia como docente tienen que ver con eso.

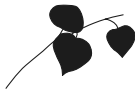
Considera que las palabras tienen sus propios proyectos, nos salvan y también nos meten en problemas. Son poderosas, inevitables, imprescindibles. Tienden puentes hacia afuera de cada uno, y hacia otros, y también pueden tirarlos abajo.

Vive en Moreno con su familia, bastante lejos de la capital donde nació, trabajando, escribiendo y cuidando cosas vivas. Escribe desde adolescente, poesía al principio, cuentos después, y a veces las dos cosas. Depende de cuánto pueda controlar la música de las historias que cuenta. Escribe para no olvidar, para que no se olviden las historias, y para que las palabras resuenen en otras personas. Publicó un libro de cuentos, y quizás, alguna vez, vuelva a hacerlo.



# **Narrativa**

## Primer premio





# Algo habrán hecho

Oscar René Blanc

*Jetucha* después de terminar con la rutinaria y reglamentaria escuela secundaria abrió en su vida dos frentes: el laboral, como enfermero del Hospital de Basavilbaso, y el estudiantil, cursando como “medio libre” la carrera de Contador en Concordia. El primer rubro le permitió incorporar un tercer frente: el sentimental. En efecto, se cruzó con Gimena, una compañera de colegio, egresada un año antes, y como él, enfermera titular del nosocomio. Habían hecho uno de esos cursos de Enfermería y Primeros Auxilios promocionados por el Ministerio de Bienestar Social (el de López Rega para ser más exacto) y consiguieron rápidamente el nombramiento, gracias a la intervención del padre de ella, concejal suplente electo por el FREJULI.

Con el guardapolvo prendido adelante, aquella negrita insulsa del colegio se había convertido en una mulatona apetecible. Los encuentros cercanos, que primero tuvieron un carácter casi deportivo, con el andar del tiempo y los cuerpos, se transformaron en amor apasionado. Una viejita, internada varios días por una flebitis y que andaba muy sana de los oídos, comentaba al ser dada de alta, que los quejidos y suspiros que podía escuchar todas las noches en la pieza de la enfermera, le hacían recordar sus tiempos mozos cuando ella los sentía con gozo y placer. Consecuencia: las idas a Concordia se hicieron cada vez más espaciadas hasta desaparecer. Y otra consecuencia: “se juntaron” con la venia del Director del Hospital, quien

los autorizó a ocupar una cocina y una pieza para regularizar la relación. Para aprovechar el tiempo libre y los conocimientos específicos, *Jetucha* por la tarde trabajaba en una firma rematadora. Siete meses después de la convivencia hospitalaria, Micaela sería anotada, previa regularización matrimonial civil, como la primera hija en una serie que llegaría a cuatro.

*Jetucha* tuvo que desalojar el espacio que ocupaba su familia a fines del 77. Ya había nacido su segunda cría y en el Hospital se complicaba la permanencia. Casual y desgraciadamente, su padre murió repentinamente (al volver de la trilla se bañó con agua fría y le dio un paro cardíaco). Su madre se vio boyando en la casa enorme y les ofreció que ocupen una parte, debidamente fraccionada. Allá fueron.

Esa tardecita de junio del 78 se ofreció para hacerle las compras a su madre en el Super de la Cooperativa Lucienville. Mientras buscaba latitas y precios, entre las góndolas, escuchó la voz altisonante de quien fuera su preceptora en la Escuela de Comercio y a pesar del rechazo que le seguía produciendo oír su timbre latoso, le prestó atención:

—Y, sí... a mi marido le preguntaron. El no se acordaba muy bien. Y me preguntó a mí... y sí, como no la voy a conocer, si en quinto se pasaba mostrándose con una gorra que decía que era del Che Guevara. Y leía revistas que le mandaban las embajadas de los países comunistas. Y que se iba a ir a Cuba a cortar caña de azúcar y que se yo. Y leía poesías. Se pasaba leyendo poesías rebuscadas. De Neruda y el del Martín Fierro<sup>1</sup>. Yo tengo que decir la verdad. Además en la fiesta de fin de año cantó esa canción comunista de Mercedes Sosa ¿se acuerdan? Esa que habla de todos los países. Y la cantó dos veces ¿se acuerdan? Y sí... yo decía esa chica andaba en cosas raras...

En realidad, la sospechosa daba motivos. Abanderada del optimismo revolucionario, creía que el *vietcong* derrotaría al imperialismo yanqui y vendría un nuevo amanecer para los pueblos oprimidos. Sabía del

---

1 No era el del Martín Fierro. Era Hernández. Pero no era José, era Miguel. El que escribió "Vientos del Pueblo". Bueno, tampoco se puede estar en todo.

“Mayo francés”, de que la “Noche de los Bastones Largos” era una muestra de debilidad del poder militar entreguista y que Facundo Cabral con su *No soy de aquí ni soy de allá*, preanunciaba el amor libre. Como leía filosofía por su cuenta (y riesgo) le gustaba poner en situaciones incómodas al cuerpo docente con cuestionamientos socráticos.

—¿Pero, desapareció o no? —preguntaba una de las vecinas, mitad impulsada por su morbosa curiosidad, mitad por su humanitaria aflicción vecinal.

—No sé. Mi marido les dijo eso que yo le dije y les digo a ustedes. No sé para qué preguntaban... Pero por algo será. —Y se encogía de hombros, un tercio justificada, otro tercio colaboracionista y otro sádica.

A *Jetucha* le corrió un frío desde la nuca hasta el huesito dulce. Se le nubló el pensamiento. No sabía si salir corriendo o preguntarle a la botona esa. Que aclare qué pasó.

Trastornado se fue para la Estación a hablar con *Carbonilla*. Este lo vio llegar muy alterado. Hacía mucho que no se veían.

—¿Qué te pasó que venís así?

—Parece que la levantaron a Graciela. La escuché a Élide, contar con lujo de detalles como la mandó al frente. ¡Que hija de puta!

—¿Y vos qué pensás? ¿Qué se puede hacer? —dijo *Carbonilla* sin muchas ganas de meterse en líos ajenos.

—No sé. La tipa esta contaba que la denunció por cantar *Canción con Todos* en la fiesta de la recepción. ¿Vos te acordás?

Ahora se le produjo parálisis facial al ferroviario. Cómo no se iba a acordar si él tocaba la guitarra. Cuando terminaron y los aplaudieron tanto, se embolsó y arrancó de nuevo ya que le encantaba de cómo Graciela recitaba la introducción, cual si fuera el mismísimo Tejada Gómez: “...*pasan las estaciones como tumbas, mientras los trenes pasan/ desvaneciendo ranchos y chircales / y regiones de arena interminable...*”

¿Y si ahora vienen por él?

—¿Qué carajo podemos hacer? —preguntó, preocupado en serio.

—Y...no sé... qué te parece si a través de tu novia conseguimos una entrevista con el cura de la capilla? A ella como catequista la tiene que recibir. Ahí entramos nosotros para ver qué nos dice. —propuso primero y aseveró después *Jetucha*:

—Los curas de esto saben todo.

Se iniciaron los contactos para obtener la audiencia. La religiosidad de *Carbonilla* siempre había sido marginal, aunque no podía dejar de recordar que en esos años bravos supo guarecerse bajo el alero protector del asilo eclesiástico vía catequesis de su actual novia. Pero su mayor rechazo se originaba en el negro recuerdo que le traía la colimba, desgraciado acontecimiento personal motivado en el maldito número 543 que le tocó en sorteo del 31 de mayo de 1973 y que le ordenaba: ¡Cuerpo a tierra! Si bien en un primer momento lo gambeteó con la excusa de proseguir estudios universitarios (se había anotado en la Universidad del Litoral de Santa Fe, en la Facultad de Derecho), como con tres años de retraso tuvo que aparecer por el Puesto Uno del Regimiento TAN 1.

En realidad los contactos que tenía su padre le permitieron, antes, entrar a trabajar en la Estación de Ferrocarril de Domínguez, como empleado de escritorio ni bien terminó el secundario. El apodo tenía tanto que ver con el color de su piel como con su afición a jugar, cuando chico, en el galpón que almacenaba carbón de piedra en la Estación de Villaguay Central. Su dedicación y contracción al trabajo le permitieron entrar en carrera. Así que en el 76 decidió presentarse a cumplir con el servicio militar obligatorio, total tenía asegurado medio sueldo y el puesto. También tenía asegurado el ascenso y traslado a Basavilbaso. Y lo consiguió, pero años después.

Allí, en la colimba, conoció al convocado por Cristo cuando era un novato capellán del Regimiento de Villaguay. Pudo saber lo que eran las misas de campaña a las cuatro de la tarde en un día de febrero. Pudo saber lo que era tener que comulgar antes de salir de franco o no salir. Lo que era aumentar la fortaleza espiritual del soldado

embarcado en la lucha contra la subversión apátrida inyectándose dosis de fe, inconsciente y obligada.

Porque las cosas son como son, *Jetucha* y *Carbonilla* se fueron distanciando, en lo cotidiano y en los principios que sustentan los proyectos de vida.

Habían sido muy compinches en el último año del secundario, más por los rechazos comunes que por las apologías compartidas. El matrimonio de uno y el noviazgo del otro aumentaron la brecha afectiva. Curiosamente la desaparición de una compañera los reunía. De desaparecidos -en aquellos días- no se hablaba así como así, alegremente. Como cuando se habla de una enfermedad incurable se los nombraba con evasivas, como supuesto, en potencial.

—Sí, los curas de esto saben todo. —Se convenció *Carbonilla*. —Y más este, íntimo de los milicos...

De eso sabía mucho el empleado del riel; le había tocado como destino Mayoría, así que pudo conocer de cerca la jarana que se hacía en la oficina de Finanzas y de la que participaba el capellán, una vez por mes, cuando iba a cobrar religiosamente, su sueldo de oficial. El prelado, conste, era un artista en eso de hacer y recopilar cuentos de putas, putos, judíos, comunistas y negros; que en esos tiempos y lugares se agrupaban bajo el rubro genérico de degenerados los dos primeros, y subversivos los tres últimos. Sí, aquellas imágenes, indisolublemente ligadas a la figura de este *Servus Servorum Dei*, ya no lo descomponían del estómago pero le seguían dando miedo o algo así.

Con ese ánimo fueron a la entrevista con el otrora capellán, ahora párroco. Los citó para el miércoles 21, después de la misa que daría en la capilla San José Obrero a las siete de la noche. Ese día y a esa hora jugaba Argentina con Perú por la clasificación a la final de la Copa del Mundo. A la misa no fue casi nadie, excepto tres viejitas que ni sabían que se estaba jugando el Mundial 78. A la reunión en la sacristía concurrió el triunvirato integrado por un afligido, un preocupado y una intermediaria (la novia de *Carbonilla* era catequista). En tres o

cuatro preguntas que le hizo como al pasar, el cura lo fichó a *Jetucha* en los rubros cultura, sociedad, religión, política y deportes. *Jetucha* también lo relojeó: pintón, frío, calculador, intrigante.

—A Perú hay que ganarle por paliza, sea como sea. —Dijo el enfermero y el anfitrión coincidió, asintiendo con la cabeza. No se sabe si correspondía al rubro 4 o al 5.

—Vamos al grano. Cuál es el tema...

—Queremos que nos diga si sabe algo de una compañera nuestra que dicen que desapareció. No sabemos bien qué hacer... Usted debe saber, por sus contactos con el ejército, digo... Se llama Graciela.

—De dónde decís que desapareció?

—Ella se había ido a Córdoba, a estudiar periodismo; o a Santa Fe... no sé, le perdí el rastro. Hace como tres años...

—¿Esa chica era judía?

—¿Por qué dice era? ¿Qué tiene que ver qué era o no era? —dijo atrevido *Jetucha*, queriendo demostrar que el apelativo se debía más a la hemorragia verbal que al grosor de sus labios...

El cura capellán hizo un silencio como para medir lo que iba a decir:

—Miren, yo sé que la anduvieron buscando en el campo del padre en el Carmel, en Capilla, algo así. Porque vieron como son estas cosas. Dicen que están desaparecidos y después aparecen en Europa. O México. O escondidos en algún departamento. O guardados en el campo del padre. Todo así...

Por suerte la catequista participó:

—¿Es cierto lo que dice la preceptora, que ella la denunció por cantar cosas que ahora están prohibidas? Antes no estaba prohibido. —la acotación resultó más una disculpa que una defensa, pero algo es algo...

—Pasa que el marido, que es policía, está haciendo un curso antisubversivo en el Ejército. Y tenía que descubrir o denunciar algún sospechoso, contactos, encubridores, todo eso... La señora en todo

caso lo ayudó en un trabajo práctico. —dijo el ministro celestial y se rió de lo que le pareció una ocurrencia.

A *Carbonilla* le espantó esta afirmación. No tanto por afinidad ideológica con la desaparecida, sino porque el núcleo de la denuncia lo enfocaba como a una liebre encandilada. Trató de hacerle un currículum a la desaparecida como para acomodarle el prontuario:

—Esa chica ayudaba a los compañeros en los trimestrales, no rindió nunca una materia, se afligía por los pobres, como ser el peón que tenía el padre en el campo, vivía leyendo, le apasionaba el cine, la música, fue elegida mejor compañera en quinto año... que se yo.

—Todo lo que vos me decís pinta el perfil exacto de lo que es un subversivo. A mí no me consta que esté desaparecida. Pero si es así, es porque se lo buscó. —El representante de Dios en la tierra lo dijo sin ruborizarse y se levantó dando por terminada la entrevista. Él también quería ver si clasificábamos o no.

Afuera las bocinas y los petardos anunciaban que los habíamos reventado a los peruanos, a los brasileros y a todos los que estaban embarcados en la campaña anti-argentina.

*Jetucha* le dijo a *Carbonilla* que luego fuera por su casa, así veían la repetición del partido. Se subió al Di Tella sin ánimo de sumarse a los festejos. Por suerte, la bocina no andaba desde que lo compró. Eran las nueve y diez de la noche. Hacía frío, mucho frío. Como de mal augurio. Viendo la repetición, con el resultado puesto, no era fácil digerir la goleada como normal y lógica. El arquero de ellos (que era argentino) se tiraba cinco segundos antes o tres después; no tiraron un tiro al arco en todo el partido; llegaban dos metros tarde a marcar; si se hubieran precisado diez goles ese día, se ganaba 13 a 1.

Después siguieron tomando el tinto, que desanuda la lengua y ayuda a confiar secretos. Servía para desahogarse en medio de una sociedad bajo sospecha y donde la delación era una virtud. Era medianoche cuando *Jetucha*, acompañó a *Carbonilla* hasta el cancel.

—La Final sí habrá que ganarla jugando. —razonó.

—Será el momento de saber si efectivamente Dios es argentino. — acotó el ferroviario, que se marchó pensativo. La humedad se volvía neblina, dibujándole aretes al foco de la esquina.

El dueño de casa, entró y siguió de largo hasta el segundo patio. Como cumpliendo un ritual, se sentó en el banco de cemento, bajo la glorieta, construido por él con lo que le sobró del cantero donde crecía la “Corona de novia” rodeada de gladiolos, malvones y otras especies de rápido crecimiento; como quién levanta un monumento funerario, lo hizo ni bien ocupó la vivienda un año atrás. Su madre no entendía su entusiasmo por la botánica. No lo entendió nunca. Después de meditar un rato, con el traste mojado y la conciencia tranquila, se fue a dormir.

Mientras caminaba por la callecita penumbrosa, *Carbonilla* sintió una sensación nueva y extraña: percibía que lo seguían. Hasta los borrachitos que en la vereda del bar seguían festejando, le resultaban poco fiables; entre ellos se contaba un conocido informante de la cana. Sin rumbo, enfiló para la estación; estaba decidido a producir hechos que le mejoraran la imagen. El encargado del turno noche escuchaba una vez más la repetición de los goles que nos ponía en el podio del mundo. El “relator de América” ni por asomo dejaba traslucir la posibilidad de un resultado arreglado. Cuando el empleado pudo atenderlo le dio la orden:

—Mañana, a la salida del sol, izá la bandera. Si vienen los milicos a preguntar a qué se debe, decí nomás que fue orden mía. Es para festejar que llegamos a la final. ¡Vieron que podíamos, cajaro! —dijo con seguridad, para autoconvencerse.

Después lo mandó a controlar algo de las señales. Aprovechó la soledad para subir al altillo, donde se guardan los libros de contabilidad que alguna vez la superioridad puede pedir; de entre los libros, pero bien atrás, sacó unas cajas lacradas que decían “Papelería en desuso”. Casi a oscuras, y como lo tenía muy registrado, extrajo la caja que contenía el disco de Tejada Gómez que incluía el tema que lo podía condenar. Este y varios más que integraban el lote: Sampayo,



Víctor Heredia, Cafrune, Piero, Gieco, Olimareños, Víctor Jara, Patxi Andión. Rato después, en su casa, sufrieron los efectos del martillo censor que redujo a escombros de vinilo y pasta lo que había sido creación popular.

Su novia, maestra rural, al otro día, camino a la escuela, esparcía los pedazos como si fueran cenizas de un difunto. Empezó a sembrar olvido a la altura de la quesería abandonada; siguió desparramando poesía molida después de la curva cortita, en el paso a nivel, a la altura del apeadero tapado de caragüataces y sorgo sudán, y terminó con los últimos miñangos de recuerdos peligrosos.

El auto de fe se había consumado en todos sus pasos.

—¿Nadie te vió, no? —preguntó el ferroviario, a la vuelta.

Sintió alivio, culpa, y un poquito de desazón...

Cuatro días después el triunfo sobre Holanda y el país se volvió carnaval de invierno. En medio de los festejos, *Carbonilla*, *Jetucha* y algunos más se preguntaban si las denuncias sobre campos de concentración de que se hablaba por ahí, y desaparecidos que se hablaba por acá, no sería un invento. Los medios de información no se perdían la oportunidad de reflejar (en verdad, de inducir) el júbilo que embargaba al pueblo y gobierno argentinos. La Nación se encaminaba definitivamente a su destino de gloria y el pueblo agradecido le daba un cheque en blanco al gobierno militar, por veinte años más por lo menos.

Con la Democracia se come, se educa y se cura diría el nuevo líder carismático. Que desempolvó la Constitución para recitar el Preámbulo cual credo laico. Poco a poco o en bandada, la gente fue saliendo del encierro del miedo o la covacha de la indiferencia. Y empezó a ejercer o reclamar derechos a los que se había renunciado para que el *Proceso de Reorganización* pudiera hacer su trabajo.

Por lo pronto *Carbonilla* se desencantó de los hombres de verde (más que nada por la locura de Malvinas) y como una muestra de desacato compraba a cara descubierta la revista *Humor*, la misma

que desde principios del 80 le pedía a un maquinista amigo que se la traiga desde Buenos Aires (en el sobre debía decir “obsequio de La Fraternidad”). Pero fue recuperando el sano hábito de mirar y escuchar por su cuenta).

*Jetucha*, más entusiasmado con los nuevos tiempos, se decidió a participar en actividades gremiales y políticas. En aquel rubro como delegado de Sanidad, en su condición de empleado del Hospital. En política se afilió a la UCR, atraído por la prédica de Alfonsín a favor de las libertades públicas y los derechos humanos.

Ahora que los camiones volvían a los cuarteles había que hacer el inventario de lo que se salvó del Apocalipsis. Codo a codo en la calle, preguntando dónde escondieron las flores.

Y en la casa, como cuando *Jetucha* a plena luz del día desarmó el piletón que albergaba la “Corona de novia”, cerca del gallinero del fondo. De abajo, después de palear casi metro y medio sacó una bolsa de plástico que tenía otra bolsa y adentro otra como con veinte libros. Estaban bastante deteriorados por la humedad, pero volver a verlos fue como reencontrarse con amigos que volvían del exilio. Había enterrado un arsenal: entre lo más explosivo se encontraban *La Tregua*, cuentos de Haroldo Conti, *En Cuba* de E. Cardenal, *Veinte Poemas de amor...*, *Pedagogía del Oprimido* de P. Freire, *Teología y Liberación* de Bof, *Operación Masacre*, *Poesías* de Martí, *Control de la Natalidad y Planificación Familiar* (afanado del Hospital), *La Biblia Latinoamericana sin la guía del Episcopado Argentino* y *Fundamentos de la Lógica Proposicional. Introducción a la Matemática Moderna* (de cuando estudiaba en Concordia). Todos, a cual más pernicioso, según la moral reaccionaria.

Especial emoción sintió cuando le palmeó el lomo a *Las Venas Abiertas de América Latina*, libro recomendado por el profesor de Economía Política, un pelado que después cesantearon.

Tarde a la noche, *Carbonilla* se encontraba sentado en la ventanilla de los boletos, muy concentrado en la lectura. Se sobresaltó cuando

entró alguien. Alcanzó a guardar el libro en un cajón, sin marcar la página. Era *Jetucha*.

—¿Qué hacés, a estas horas?

—¿Te acordás, aquel arreglo que hicimos la noche del seis a cero? Bueno, vengo a cumplir mi parte. Te aviso que hoy desarmé el piletón y rescaté todos los libros sanos. No sabés qué alegría...

—¡Ajá!

—¿Y vos? ¿Te fijaste? —preguntó *Jetucha* señalando el altillo.

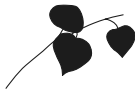
—Vos sabés que no los encontré. Me los deben haber robado, grandísimos hijos de puta...

—Que cagada... me hubiera gustado grabarlos. Son una reliquia. — se lamentó el visitante y agregó—Bueno, si querés, igual te los presto.

—Macanudo, te agradezco... Cualquiera cosa, te chiflo...

Hablaron algunas cosas más. De cuando estuvieron prohibidos los *Beatles*; del partido entre Independiente y el Liverpool; de lo fuerte que se ponen las pendejas en el verano; de política, trabajo y de cómo presionaba Neustadt para que liquiden los ferrocarriles y privaticen Entel. Se despidieron con el compromiso de volver a encontrarse, vinito y mortadela mediante.

Cuando quedó solo, *Carbonilla*, volvió a sacar el *Nunca Más* y siguió buscando a Graciela.



## Biografía

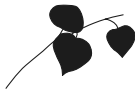
Oscar René Blanc nació en 1947 en Villaguay, en tiempos que su padre trabajó como operario en la construcción del Hospital de Llanuras, el más importante centro de atención fisiológica de la Mesopotamia en aquellos años. Su primera presentación pública de un trabajo literario sujeto a la consideración de un Jurado fue en un concurso, en el año 1999, de la Facultad de Bromatología de la UNER: “Recetas con Historia”, donde recibió el Primer Premio con el relato *Café con leche y polenta frita*. Escribió cuentos, ensayos, publicaciones periodísticas e investigaciones históricas:

*Pecado de Olvido*, Certamen Internacional Crisol Literario, Córdoba, 2006, Quinto Premio; *Rojo Shocking*, cuento con mención en Premio Nacional de Literatura, Municipalidad de Tres de Febrero 2008; *Supongo*, cuento corto con participación V Encuentro Nacional de Narrativa, Biale Massé, 2009; publicó el libro *Cielos Viejos*, Editorial Tierra del Sur (2009); *La economía informal y sus bemoles*, cuento en Antología de Humor Entrerriano, compilación de Eugenia Faué, Subsecretaría de Cultura de Entre Ríos, Delta Editores (2009); *Morirse por Vivir*, Antología de Cuentos de la Argentina de Hoy, Ediciones Continente (2014); *Calicho Gamarra en la Tragedia del Sandoval*, ensayo, Delta Editora, declarado de interés educativo por resolución del CGE (2018);

*Que lo tire Tatucita*, cuento en la Antología Autores de Gualeguaychú (2022). Y por último *La vieja y el mar*, cuento que en el Concurso Luz de Provincia, Concordia, 2022, recibió mención especial.

# **Narrativa**

## Menciones





# El olímpico

Andrés Schinocca

Aunque no sea una buena manera de comenzar una historia, no tengo más opción que pedirle a usted, lector, que me crea. Así es, sin otro preámbulo necesito pedirle que crea en cada una de mis palabras ya que son estas las únicas que tengo para expresar aquellos hechos de los que me ha tocado ser testigo. De lo contrario (en caso de que usted no se considere poseedor de la credulidad necesaria), me veo en la obligación de pedirle con el mayor de mis respetos, que abandone la lectura de este humilde opúsculo. La vida, comúnmente juzgada corta, se vuelve demasiado larga y pesada si se acumulan las frustraciones, siendo estas las únicas sensaciones posibles ante la incredulidad del interlocutor de aquel que cuente una historia. Mucha más experiencia de la que me gustaría es la que tengo en estos asuntos de las frustraciones. Y muchas de estas como resultado de los rostros y las miradas de aquellos que, ante la desconfianza de la veracidad de mis palabras, solo accedían a disponer de una sonrisa condescendiente terminando por sellar así tanto mi frustración como la suya. Son estos, entonces, los motivos que hoy me impulsan a dejar por escrito aquellos acontecimientos que tal vez el tiempo juzgue irrisorios, pero no seré yo quien lo haga.

Hoy ya solo soy un hombre jubilado a los placeres fieles de la lectura y la buena compañía de mi familia; un hombre muy conforme de su paso por la vida pero que, a pesar de la irreductible casuística

que coloca menos años en mi futuro que en mi pasado, no miro con nostalgia los días de antaño ni tampoco me falta entusiasmo cuando pienso en mis días venideros.

Era el año 1980 y habían pasado más de ocho meses desde que me había quedado sin trabajo después de que el ramal en el que me tocó ser maquinista durante toda mi vida laboral había cerrado. Mi hijo mayor tenía solo seis años y si bien con el sueldo de docente de mi mujer nos manteníamos, la situación económica era muy apremiante. Un día vino mi padre -ferroviario él también- y me sugirió que vaya al sindicato. Solo podían ofrecerme un trabajo temporal como guardavidas de la pileta del club, lugar al que yo había ido algunos años en mi infancia. Se había liberado el turno de la mañana y necesitaban a alguien que pueda cubrir esas horas, al menos por un tiempo ya que si bien yo siempre fui un eximio nadador, no tenía experiencia alguna como guardavidas. A pesar de que la paga era baja acepté enseguida dado que la falta de actividad ya comenzaba a afectar tanto mi bolsillo como mi humor. Esa misma tarde, el guardavidas del otro turno me tomó una prueba en la misma pileta en la que aprendí a nadar cuando era niño, y a los pocos días ya estaba allí sentado en la reposera de lona y metal, justo al lado del panel en el que se colgaban todos los carnet de los socios que venían a nadar. La mayor parte del tiempo consistía en estar sentado corroborando que los carnet tengan la revisión médica al día, y mis mayores intervenciones aparecían cuando algún chico corría cerca de la pileta -algo peligroso y prohibido-, a lo que yo advertía con mi silbato. De todos modos no era un horario en que se vieran muchos chicos -a excepción de los sábados- ya que yo debía cubrir la franja entre las cinco de la mañana y la una del mediodía. Los que sí venían sin falta todos los días eran las autoridades, dos chicos de unos diez años que salían del colegio de la otra cuadra a las doce del mediodía, venían directo al club y, a pesar de que se cambiaban en el vestuario con la ropa de la pileta nunca entraban sino que se sentaban delante del pequeño televisor que don Pedro, el encargado, tenía en el mostrador de entrada al vestuario. Todos

los socios que entraban conocían a esos dos chiquitos que con total sobriedad se pasaban las horas sentados hablando entre ellos y observando cualquier evento deportivo que haya sido transmitido. Ese mismo año se disputaban los Juegos Olímpicos de Moscú, y a pesar de que la junta militar que ejercía el poder en ese entonces se había sumado a la lista de países correveidiles que negaron la presencia de sus deportistas en los Juegos, esto no fue motivo de inhibición para las autoridades que se pasaban horas extrayendo juicios de todas las disciplinas que lograban ver en las transmisiones, y con el paso de los días se fueron ganando su apodo. Don Pedro, que iba y venía mientras trabajaba como único encargado de los tres pisos que tenía el club, se les acercaba y los saludaba:

—¿Cómo andan las autoridades? ¿Algún récord nuevo? —exclamaba solo para reírse con algún otro socio que oficiara de cómplice, ya que nunca recibía respuesta de los chicos.

Nunca había sido un gran aficionado del deporte olímpico ni mucho menos, pero a veces solo por esa curiosidad que me generaba estar temporalmente vinculado al deporte, me quedaba algunos minutos después de mi turno mirando algunas de las disciplinas. Había algo también muy entretenido, algo hipnotizante en el movimiento de los socios que entraban y salían de los vestuarios, yendo a las duchas, con ese sonido tan reverberante que hacía que todas las voces de los que allí estaban aparezcan como al mismo tiempo sin importar cuán antes o después haya hablado cada uno, como si fuera una especie de magma, o un microclima propio, muy húmedo y sin que jamás ingrese el mínimo rayo de luz solar. Muy distinto era a la mañana temprano cuando me tocaba llegar y solo estaba don Pedro que parecía nunca irse del club, ni para dormir. El silencio era absoluto en los vestuarios y solo se cortaba cuando yo encendía las luces y el filtro de la pileta, cerca de las cinco y cuarto de la mañana. Nunca llegaba ningún nadador antes de las cinco y media, momento para el cual yo estaba ya muy acomodado en la reposera de metal con el silbato colgando de mi

cuello. Rondando las seis ya se podía ver cómo entraba la señora María Elena R. de Gutiérrez (o al menos eso decía en su carnet), caminando con marcada parsimonia y casi sin elevar los ojos del piso, en parte por el temor a caerse en la superficie húmeda que rodeaba la pileta, y en parte también por una eminente curvatura de su espalda. Y a las seis y media en punto, todos los días, se escuchaba la puerta del vestuario rechinar para que la atravesase él; el hombre que motiva esta historia. César García. No medía más de 1,65 metros, y tampoco su peso sería inferior a los 80 kilos. Su incipiente calva aparecía circundada entre los pocos pelos grises como la ceniza que le afloraban de la coronilla y aquellos que colgaban desde su nuca. Una cadena de plata colgaba de su cuello, con un dije que se perdía entre el tupido y enrulado pelo del pecho que se conectaba con unas acolchadas hombreras de pelo que apenas se aplastaban bajo el efecto del agua de la ducha previa a la zambullida. El andar cansino del rechoncho César García se sostenía sobre las sufridas suelas de unas ojotas ya desvencijadas por el uso y el peso de aquel hombre al que cada paso parecía costarle demasiado. Según su carnet, el 5 de agosto cumpliría 54 años, pero nada de esto parecía corresponder, ni mucho menos anticipar, aquello a lo que se asistía cada mañana cuando el rechoncho César entraba en comunión con las aguas de la pileta de aquel club en el que el destino me había puesto. Los primeros días, con los nervios y la ansiedad de un nuevo trabajo, apenas advertí su presencia. Sin embargo, no tardó en llegar la mañana en la que noté que algo más sucedía con el rechoncho César. Esa primera vez fue sólo una sorpresa, una llamada de atención al advertir un fenómeno singular que se manifestaba ante mis ojos. Al día siguiente constaté que no se trataba de una simple confusión de mi percepción aletargada durante esas primeras horas del día, ni tampoco el aburrimiento ni el sopor que me provocaba aquel trabajo que aún no conseguía acostumbrarme a su monotonía. Esa mañana no lo advertí al pasar, como la primera vez, sino que me dispuse a observar detenidamente cómo el rechoncho César fluía sobre la superficie del agua, como si las partículas de su propio cuerpo se hubieran compuesto

por las mismas que la de aquel medio acuoso; medio por el cual se transportaba de una punta a la otra con una armonía y velocidad que destacaban a la vista. Brazada tras brazada iba y volvía a lo largo de los veinticinco metros que tenía la piletta manteniendo un ritmo tan regular y continuo que provocaría sospechas de algún artificio ante la mirada de cualquiera. Al cabo de una media hora el rechoncho César emergía a la superficie subiendo las escaleras, y retomaba toda su torpeza inicial. Era como si su estado original correspondiera a un medio acuoso y no a la atmósfera que nos rodea en la superficie. Cada mañana crecía mi desconcierto ante ese fenómeno, y se volvía aún mayor al contrastarse con la notoria impasibilidad que destilaba el rechoncho César al dirigirse de vuelta hacia el vestuario luego de tomar su carnet del panel mientras me saludaba con un gesto de su cabeza a la vez que comenzaba a secar su voluptuoso abdomen con una toalla.

Los días pasaban y, exceptuando algún que otro comentario a mi mujer sobre el rechoncho César y su extraña habilidad acuática, día tras día sólo me limitaba a observar el fenómeno. Hasta que un mediodía, al finalizar mi turno, se me ocurrió algo. Iba saliendo del vestuario cuando me detuve frente a las autoridades que miraban la televisión:

—¿Ya hubo prueba de natación? —les pregunté.

—Sí, ganó un alemán —me contestó uno de ellos sin sacar los ojos del televisor.

Efectivamente, la medalla dorada de los 100 metros libres en los Juegos Olímpicos de 1980 se la había llevado Jorg Woithe, un nadador oriundo de Alemania Oriental, con una marca de 50 segundos y 40 milésimas.

Enseguida le pregunté a don Pedro si tenía un cronómetro para prestarme pero me dijo que no tenía, que le pida a Bruno el guardavidas del turno tarde. Así fue entonces que lo esperé a Bruno para pedirle y él accedió, aunque con cierto recelo ya que tal vez era demasiado nuevo para andar de mangazos. De todos modos, esa misma tarde probé el cronómetro y aprendí a usarlo mientras volvía en el colectivo hacia mi casa.

A la mañana siguiente ya tenía el cronómetro preparado entre mis manos cuando a las seis y media en punto volvió a rechinar la puerta y el rechoncho César hizo su entrada habitual. Se zambulló y lo dejé hacer un calentamiento -como si fuera necesario-, hasta que finalmente me decidí por presionar el botón justo cuando sus pies golpeaban la pared del borde para volver a salir. Como se trataba de una pileta semiolímpica (lo que correspondía a una longitud de 25 metros por cada vuelta) apenas pude pestañear cuando vi que el cuerpo del rechoncho César llegó al final de su primer largo con una marca de 12 segundos y 30 milésimas, lo cual si se multiplicaba por las cuatro veces que debería recorrer para llegar a la distancia de 100 metros, lograba sacar una ventaja de 1 segundo y 20 milésimas por sobre la marca del alemán. Eso hubiera sido lo más sorprendente si no fuera que para el momento en que concluyó la cuarta vuelta, el rechoncho César había conseguido no sólo sostener el ritmo sino acelerarlo. 47 segundos con 30 milésimas le había llevado recorrer los 100 metros que el alemán había conseguido hacer en 50.40. ¡Más de tres segundos de diferencia! El rechoncho César, ahí en la pileta del sindicato en el que yo mismo aprendí a nadar, había conseguido superar por mucho la marca del último campeón olímpico. Cuando salió del agua, y a medida que se acercaba para retirar su carnet, eran muchos los pensamientos que cruzaban por mi cabeza, pero primaba en mi la sensación de impavidez, de incertidumbre extrema. ¿Habré usado bien el cronómetro? ¿No habría alguna variable que mi inexperiencia en ese mundo del deporte me estaría ocultando? Mientras el agua chorreaba del cuerpo del rechoncho César a cada paso que este daba, mi entendimiento no podía encontrar un elemento o alguna causa que advirtiera un error o alguna falta de precisión de mi parte. Pero para cuando él tomó su carnet y me saludó con el habitual gesto de su cabeza, la inseguridad me dominó y me dije que debía confirmarlo a la mañana siguiente. El resto de la mañana y de la tarde la pasé pensando en qué decirle al día siguiente cuando confirmara los resultados de esa mañana. Y para cuando terminó mi turno, todavía

seguía muy pendiente del tema como para irme sin más, así que decidí acercarme a don Pedro y preguntarle si conocía al rechoncho César:

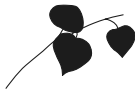
—Sí, claro. Viene hace años al club. Es tallerista, creo que por allá, por la zona de Remedios de Escalada.

—Nada bien eh... —le comenté.

—Y, sí, no me extraña si viene hace años. Hace un tiempo hasta estuvo en la comisión directiva del club. Creo que era delegado —me dijo don Pedro mientras doblaba toallas y las guardaba en un canasto, a la vez que atendía a los socios que entraban y salían del vestuario. Me dió la sensación de que ya no quería seguir hablando, así que le pedí que le avise a Bruno que mañana a la tarde le devolvería el cronómetro y me fui con el entusiasmo de repetir la prueba a la mañana siguiente.

Y es ahora, estimado lector, que retomo aquellos asuntos de las frustraciones. Como le anticipé, mi experiencia es múltiple a estos respectos, pero sin dudas esta fue la más grande de las que me han tocado. Porque a la mañana siguiente, mi entusiasmo se fue diluyendo con el paso de las horas que a medida que se sucedían constataban con mayor firmeza la idea de que el rechoncho César ya no iba a venir. Y así fue también la mañana siguiente, y la que le siguió a esa. Nunca más lo volví a ver. Y nunca más nadie lo volvió a ver.

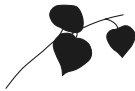
Con los años, y solo en ocasiones, puedo ver su rostro en alguna marcha del 24, una foto sujetada al extremo superior de una varilla con la que sus familiares la elevan, ya resignados a nunca volver a verlo, aunque no a dejar que su memoria se desvanezca. Pero eso ya queda para otra historia; una historia que no tengo que pedirles que me la crean.





## **Biografía**

Andrés Schinocca es docente de Historia del Cine Argentino y Latinoamericano en la Universidad del Cine de Buenos Aires (FUC). Vive en el barrio de La Boca de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Publica crítica cinematográfica en diversas revistas culturales y especializadas. Sus cuentos y ensayos suelen publicarse en la revista cultural *La isla*, así como también en otras revistas especializadas en literatura. Integra el Consejo Editor de la Editorial *El Zócalo* y trabaja en *Libremos*, la librería de la misma editorial.



# Ha llegado una visita

Jorge Roberto Zanardi

El médico cerró con cuidado la puerta de la habitación. El marido de Doña Nita lo miró con temor, como se suele mirar a quienes son portadores de malas noticias, sean médicos o mecánicos de automóviles. El médico enarcó las cejas pobladas y se encogió de hombros. El pelo negro achatado a la gomina, la nariz de gancho y la tez pálida invitaban a pensar en un aguilucho: eso era lo que opinaba Doña Nita. A pesar de eso confiaban en él. Al marido de Doña Nita le hacía recordar a uno de los guitarristas de Gardel que ardieron con él en el incendio del final.

—Ya le dije a ella, amigo, y se lo repito a usted. La señora tendría que estar en el hospital. La insuficiencia cardíaca que padece la paciente —eligió el trato más impersonal, Doña Nita ya no era Doña Nita, era sobre todo una paciente— se cursa con altibajos. Allí, en el hospital, en unos días la podríamos compensar.

—¿Está grave? Desde anteayer se queja de que no está viendo bien.

—No, no. No muy grave. Creo que habrá que modificar la dosis de Digoxina, el medicamento que le indicamos para el tratamiento de su insuficiencia —el médico adoptó entonces un aire de profesor, remedando la entonación que empleaba en las clases magistrales para alumnos de medicina. —Ese medicamento, en altas dosis, provoca que la lente de la retina difracte el espectro lumínico a la región del amarillo. Muchos manifiestan que las imágenes se les aparecen teñidas

de ese color. Es lo que se llama xantopsia. Algo que, verá, se observa en las pinturas de Van Gogh, a quien le administraban digitálicos. La Digoxina es un digital.

El marido de Doña Nita no tenía idea de la difracción de los espectros ni mucho menos del significado de xantopsia, ambos términos le sonaban tenebrosos, pero sí tenía una más o menos borrosa del pintor holandés. Algo que tenía que ver con una oreja. O la falta de ella. Pero asintió como si entendiera. El médico, y los mecánicos, lo intimidaban.

El médico le dijo que ante cualquier signo extraño, o cambio, añadió luego de un instante de duda, le llamaran por teléfono.

—Tendré mi celular abierto.

El marido de Doña Nita entornó la puerta de la habitación. Doña Nita dormía de cara a la ventana que daba al patio. El sol de la mañana de septiembre que se desparramaba por el cuarto era, también, amarillo.

El marido de Doña Nita esperó a que llegara la mujer que la cuidaba y salió apurado a la calle. Ese día abriría la ferretería un poco más tarde de lo habitual.

Doña Nita se había quedado dormida a pesar del sol en el medio de la cara. Había una voz en el sueño, esas voces lejanas propias de la fantasía que suele poblarlos. La voz sonaba pastosa, le decía algo que no conseguía entender.

—Ha llegado una visita —dijo de pronto la voz, y Doña Nita despertó, se dijo que quién le hablaba era la muchacha que se quedaba con ella cuando el marido se iba a trabajar.

—Que pase, que pase.

Doña Nita giró sobre la cama y se incorporó a medias sobre las almohadas.

—¿Quién?

Había alguien en la habitación. Pero como la persona estaba sentada a contra sol no alcanzó a distinguir su rostro. Además Doña Nita

era corta de vista. Tanteó sobre el mármol los anteojos. Entonces lo vio, sentado en el sillón de pana verde, de costado contra la ventana.

—Pero, hijo. Mi hijo querido— exclamó Doña Nita mientras se ajustaba los lentes. Los ojos se le inundaron de lágrimas

—Hola mamá —dijo el hijo. Se levantó y se acercó a la cama. La besó en la frente.

—Dejame verte —dijo Doña Nita. Le pasó una mano por el pelo. Le apartó el mechón que caía sobre la frente para verlo mejor.

—Estás igualito, siempre joven.

—Vos también mamá.

—Ay, no. Estoy hecha una vieja. Con esto de la insuficiencia me la paso en la cama. Y ahora veo todo teñido de amarillo.

—Sí, lo sé. Escuché lo que dijo el médico.

—Ah, sí. El doctor ¿Lo viste a papá también?

—Lo vi, sí.

Doña Nita apartó una mosca pintada de amarillo.

—Pero abrazame hijo. Tanto tiempo que no te tengo.

—Que no nos teníamos mamá —la corrigió el hijo. Se dieron un largo abrazo.

Doña Nita le pasó la mano por el pelo que, aunque era negro, ahora tenía reflejos dorados.

—Qué bien tenés el pelo. En cambio yo estoy llena de canas. No parece porque me tiño. Pero hace varios días que estoy en la cama, así que el pelo lo tengo un desastre.

—No, no tenés feo el pelo. Estás muy bonita.

Doña Nita se incorporó con dificultad. El hijo le acomodó las almohadas. El sol de la mañana se esparcía por la habitación, el polvo suspendido en el aire brillaba como diminutas partículas de oro.

—Todos estos años sin saber de vos. Con papá siempre dejamos libre tu lugar en la mesa. Él pensaba que vos no ibas a volver nunca más. Pero yo siempre te esperé. No me equivoqué entonces.

—No mamá, vos no estabas equivocada. Alguna vez iba a volver.

—Porque es como dice el tango ¿no? Siempre se vuelve al primer amor.

—Cierto. Siempre se vuelve a alguna parte. En especial dónde hubo amor.

—Ahora vamos a estar juntos. Te quedás en casa. Le decimos a la chica que te prepare la habitación. Bah, que le cambie las sábanas y barra un poco. La conservamos como vos la tenías. Allí están tus libros, tus discos, el tocadiscos. Papá quería vender todo, pero yo no lo dejé.

El hijo sonrió. A doña Nita le pareció que era una sonrisa triste, como de compromiso.

— ¿Cómo es allá, el otro país?

—Bueno, es diferente. Es como otro mundo.

— ¿Vivís bien allí?

—Estoy bien.

Doña Nita se ajustó los anteojos. Las sombras que impulsaba la luz de la mañana parecían pegadas con un pegamento frágil a los objetos, hasta una brisa ligera sería capaz de desprenderlas y hacerlas volar como si fueran de gasa.

—Tenés...—Doña Nita dudó cómo seguir la pregunta, su hijo era reservado en algunos aspectos de su vida —¿Tenés alguna novia, alguna mujer, digo?

El hijo sonrió y guiñó un ojo.

—Bueno, vos sabés. Siempre hay alguna mujer.

Doña Nita se quedó en silencio. Miró la hora en el reloj despertador de la mesita de luz. Era la mitad de la mañana. Dudó si lo que iba a decir era correcto. Pero qué diablos, pensó. Soy su madre y las madres dicen siempre lo que piensan por el bien de sus hijos. Aunque a ellos no les guste.

—Ella no te esperó. La Marcela, no te esperó.

—Bueno, no tenía por qué hacerlo.

—Al poco tiempo que te fuiste se puso de novia con otro muchacho. Te lloró un poco pero se le pasó rápido. Así son las chicas de hoy.

—Pero mamá, ella tenía que seguir con su vida.

—Sí, ya sé. Pero siguió rápido, no perdió el tiempo.

—La vida, cuando la tenés, hay que vivirla.

Doña Nita no hizo caso al comentario.

—Luego se casó ¿Podés creer que hasta tuvo el tupé de invitarnos a su boda? Tu padre, que es un débil, quería ir. Pero yo le dije que de ninguna manera. Que vos la querías mucho a la Marcela y que ella tenía que esperarte.

—Creo que papá estaba en lo cierto. Tendrían que haber ido. Ella no tuvo la culpa de nada.

Doña Nita frunció los labios. Todavía le duraba el enojo.

—Sabés que tuvo un hijo.

—Lo supe, sí.

—Un día pasó por aquí con el bebé, a visitarnos. Papá la hizo pasar pero yo me metí en la pieza. Papá le dijo que yo no me sentía bien. Desde aquí los escuchaba hablar. Se quedó un rato y luego se fue. Para siempre. Esa noche discutimos con papá. Estuvimos sin hablarnos una semana.

El hijo enarcó las cejas. Se quedó en silencio.

Doña Nita se arrepintió de haber hablado de su antigua novia. Pensó que le estaba haciendo daño. Hay temas que era mejor no tocar. Por ejemplo de cuando él se fue. De lo que había pasado. Durante todos esos años ¿veinte, como en el tango?, no había día en que no pensara en él. Pero ahora qué importaba ese tiempo. Él había llegado y eso era lo que ella quería. Todo el resto, el tiempo infinito de su ausencia, la amargura de no saber de él, las cosas que siempre se lo recordaban, todo eso carecía ahora de importancia. Porque él estaba allí, de una vez por todas. Le dieron ganas de saltar de la cama y salir a la puerta de calle y gritarle a todos que había vuelto, que no estaba loca por haberlo esperado siempre.

De pronto se sintió cansada. Trató de apartar el sueño como si fuera una cortina pesada de raso pero el sueño insistía.

—Estoy cansada hijo. No te importa si duermo un rato. Es esa pastilla que me da el médico.

—Claro mamá, descansá, te hace falta.

—No te vas a ir...

—No me voy a ir. No.

—Cuando me despierte, si querés, y si puedo, salimos a caminar. Me hace falta andar un rato.

—Cuando te despiertes nos vamos juntos.

El médico recibió el llamado al anochecer. Estacionó el auto frente a la casa. El marido de Doña Nita estaba sentado a la mesa. Tenía los ojos enrojecidos. El médico entró a la pieza. Doña Nita estaba con la cara vuelta hacia la ventana. Movi6 con cuidado el cuerpo y lo auscult6. La piel estaba fría. No había latidos. Por la temperatura del cuerpo dedujo que había fallecido poco tiempo después de que la visitara esa mañana.

—Lo siento. Podía pasar en cualquier momento —dijo el médico. Le estrechó la mano. La sintió fláccida, sin fuerza.

El médico llamó a la funeraria del barrio. Mientras tanto se sentó a la mesa junto al marido de Doña Nita. Escribió en el certificado de defunción “paro cardiorrespiratorio”.

Entraron dos hombres con una camilla. El médico los hizo pasar a la habitación luego de hablar brevemente.

El marido de Doña Nita sacó un pañuelo del cajón de la cómoda.

—Un favor doctor. Que le anuden el pañuelo en la cabeza. Es lo que ella quería.

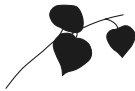
El pañuelo tenía un nombre grabado y cierta fecha del año 77.

—Era nuestro único hijo ¿sabe?



## **Biografía**

Jorge Roberto Zanardi es bioquímico y periodista científico. Residió en México entre 2001 y 2008, donde fue redactor y director editorial de la revista *Siglo Digital*, publicación dedicada a la divulgación científica. Entre 2005 y 2008 publicó crónicas y ficción en el diario *La voz del Chaco*. Una selección de esos textos fue publicada en 2007 por la Editorial *Cuna*, con el título *La sombra de la memoria*. Actualmente tiene un libro de cuentos y una novela a la espera de publicación.



# Indio, héroe sin bronce

Mirta Leonor Rodríguez

*A Graciela Pane, estudiante de la UTN asesinada en 1975*

El milenio llegó con su carga de premoniciones. Los autos no volaron, las computadoras no pararon el mundo porque les faltaba un cero, hubo más petardos y la tierra siguió girando. Pero el 2001 se desquitó. Terminó casi en silencio, con miedos y angustias que callábamos a la hora de los brindis findeañeros. Recurrí, como los pocos que podíamos, a buscar otro trabajo como maestro para campear el temporal. Tenía una librería en Villa Obrera, una librería en una villa de trabajadores y, para colmo, obrera, en Lanús. Ese año se le sacó punta a cuanto lápiz había en el fondo de los cajones, se remendaron mochilas, se usaron las hojas de los cuadernos que habían sobrado. No me salvaban ni los chicles, ni los caramelos, que había incorporado a mi negocio, levantaba la persiana a las seis de la mañana para ver si tentaba a algún madrugador con golosinas y chirimbolos, pero nada.

En abril dejé a Nora en el negocio, con dos bebés mellizos colgados de su anatomía, y empecé mi peregrinaje por los actos públicos buscando trabajo en la docencia, que hacía años que no ejercía, pero... nobleza obliga... y olla a llenar, urge. Accedí a un cargo como maestro en una escuela del Barrio de San José. Esa mañana, mientras cruzaba la avenida Pasco, temblaba, me sentía “el nuevo”, y no tenía la menor idea que estaba entrando en un verdadero túnel del tiempo urbano,

donde viviría y escucharía historias que superarían el realismo mágico de todas las novelas que había leído. Tampoco sospechaba que iba a saber qué era un héroe cotidiano, que no conocía, conocerá, ni querría conocer el bronce.

Los árboles y los pájaros imperan en San José hasta en los nombres de sus calles. Allí se vive entre Las Calandrias y Los Nogales, Las Acacias y Los Teros, Los Horneros y Los Zorzales. Y es cierto, porque no hay un solo rincón en San José donde las flores, los pájaros, las huertas, los jardines, sus arrullos y aromas no embriaguen a quienes se atreven por sus calles.

El primer día de clase, los chicos de quinto año que me tocaron en suerte querían contar... y contaron. Les gustaba tener un maestro porque siempre habían tenido “seños mujeres”, todos soñaban con jugar a la pelota, y “las seños no sabían jugar”. La pelota era la reina en los recreos, en el patio cubierto, en el descubierto y en el que se estuviera por descubrir. Jugaban a la pelota en todas partes. Y jugaron, juegan, y jugarán... todos y mucho. En ese entonces paliar “la crisis del 2001” se había convertido en el juego más apasionante a jugar en todas partes, y a toda hora. Entre las hojas en la que escribieron historias había una firmada por Pedro, con firulete y todo, con una posdata que recomendaba: “No le cuentes a Indio lo del abordaje porque nos saca carpiendo, dice que eso es robar, pero tengo cuatro hermanos y hay que comer.”

Ante la mishiadura del 2001 habían empezado a practicar cuatrerrismo urbano. Se colgaban de los camiones de hacienda que transitaban por la Pasco rumbo al matadero del Oeste. “Los del abordaje levantamos la puerta trasera hasta que salta un solo animal, lo embretamos en la que topa contra los albardones del arroyo Las Perdices, y ahí nomás, Matador lo carnea en plena calle. Cacho pa’ cada, los perros se llevan los huesos”.

Me contaron por qué le decían Medioquilo al padre de Pedro, que era el chico que lideraba la clase por sus astucias, sus chistes, sus gambetas a la hora de jugar y de enfrentar la adversidad. Un atardecer

como tantos que “los hombres” volvían a sus casas, regresaba también el padre de Pedro disfrutando la hora dichosa de una vuelta que no pudo ser. Un auto quiso superar la hilera de camiones que cruzaban a puro barquinazos el puente, todavía de quebracho destartelado sobre el arroyo Las Perdices. Avanzó por la banquina a toda velocidad y no se detuvo ni siquiera ante el desparramo de huesos que causó. Indio corrió. Todos corrieron. Indio llevaba puesto su infaltable mameuco azul, lleno de bolsillos con pinzas, destornilladores, piolines, alambres. El torniquete que pudo hacer con todo eso, una tabla y la carrera loca con el herido irrumpiendo en la única clínica del lugar salvaron al padre de Pedro, que aún en la duermevela de la anestesia quiso saber si la lesión había sido en la pierna o en su mejor medio quilo. Se lo preguntó a Indio, que siempre decía la verdad. Rieron, festejaron juntos y aceptó para siempre el mote de Medioquilo.

Pronto conocí a Indio. Vino a la escuela un día de tormenta que había sacado de madre al arroyo y armado un revuelo de la madre que lo parió. En una tarde, el hombrón de manos curtidas, pelo hirsuto y mirada firme convirtió el patio cubierto en la casa de todos los inundados, buscó comida y ropa seca. Acarreó tarecos sin parar con una camioneta vieja que llamaba “la brava”, que parecía una lancha avanzando por las calles anegadas, y solo aceptó un mate cocido caliente a la noche, cuando sintió a su gente a salvo.

Poco después lo vi organizando trueques en San José. No faltaba nada en las mesas de caballetes donde se mezclaban dulces, conservas, escabeches, zapallos, abrigos, vales de peluquería, juguetes de madera, blusas bordadas en punto cruz, jabones, miel, pesto, alegría, música, diez vueltas en calesita. Todo se intercambiaba hasta que brillaban las estrellas en San José y a la luz de lamparitas de colores se armaba el bailongo y la guitarreada. Indio terminaba siempre con un enorme canasto vacío de zapatillas, que le descontaban del sueldo en la fábrica de calzado en que trabajaba desde hacía tanto tiempo, y los bolsillos llenos de vales que nunca cobraría: vale por una clase

de gimnasia, vale por un curso de cocina, vale por una limpieza de cutis. En plena crisis, comprobé que podían multiplicarse los panes y los peces... y alcanzaba para todos... y sobraban varias canastas.

—El mejor canje que hago es saber que ningún pibe en San José se queda sin jugar a la pelota por no tener zapatillas —aseguraba Indio, con satisfacción.

Conocí la “casagalpónbibliotecaiglesiaprimerosauxiliosyotrassyerbas” de Indio. Me invitó a comer asado que preparaba con sarmientos que juntaba en los parrales de San José. Asado con cuero que cocinaba apoyando el lado del pelaje sobre el rescoldo... lento... muy lento... esperando que se dorase mientras se mateaba y se hablaba. El galpón donde guardaba herramientas que todos usaban, era también una biblioteca y hasta una iglesia, con una Virgencita que Indio había rescatado en las aguas del arroyo durante una inundación. El lugar permanecía siempre abierto.

—Las bibliotecas deberían tener también herramientas, pero no puertas, las escuelas y las iglesias, tampoco —aseguraba.

Yo quería saber de dónde salía tanta solidaridad desatada.

—La solidaridad es puro instinto por sobrevivir —me contestó.

—¿Cómo te llamás Indio? —pregunté en tren de saber más de ese hombre que ya sentía mi amigo, como todos en San José.

—Indio. Me llamo Indio, porque ella me llamaba así, y la memoria debe seguir luchando para recordar aquello que es necesario recordar.

Indio tenía una historia de amor. Se llamaba Graciela y la había conocido en la universidad, estudiando ingeniería en una nueva especialidad: electrónica. Estudiaban en Avellaneda, vivían su amor entre las acaloradas reuniones del Centro de Estudiantes, las noches en vela preparando parciales y finales, conciertos de jazz en el Teatro Roma, una charla interminable, con manos anudadas sobre la mesa del café del ventanal desde donde se veía la plaza y el Club Independiente, y las piernas entrelazadas por debajo de la mesa. Una tarde, Graciela cerró una reunión del Centro de Estudiantes repudiando a viva voz la amenaza de intervención a las universidades de

la que ya se rumoreaba. Quiso que constara en actas. Firmó el acta. Habían quedado en encontrarse en la “Tecnológica”, la “Universidad Obrera”, una tarde de invierno, pero nunca llegó. La había esperado días enteros, había dejado los estudios, el trabajo, buscándola hasta que un chico lo había rescatado de la pieza hedionda de la que se negaba a salir, y de una muerte que sentía que había empezado a caminar hacia él... y no llegaba nunca.

—Indio, ayudanos —rogó el muchachito, ojos brillando en la oscuridad de la pieza donde Indio se había recluso.

En medio de su marasmo creyó Indio ver los ojos de Graciela y la voz de Graciela, la única mujer que había podido amar, pidiéndole ayuda. Yo pienso que era Graciela.

—Se llevaron presos a los obreros de la Pastorini que cortaron Pasco porque despidieron a uno. Mi papá está en la comisaría desde hace una semana. Anoche les hicieron creer a tres que los liberaban. Salieron corriendo de la comisaría, pero cuando llegaron a la esquina los mataron por la espalda... a los tres, Indio. Dijeron que querían fugarse... mi papá está adentro, con cinco más... ayudanos, Indio... ayudanos.

Indio se levantó de la cama con el cuerpo lleno de escaras, sucio y andrajoso.

—No sé si habrá sido porque el tipo pensó que era un fantasma, pero me recibió el mismísimo gerente general de la Pastorini, la que tiene la montaña de vidrio que reciclan y aquí llamamos “el cerro de cristal”. Le exigí que fuéramos de inmediato a la comisaría, y no nos moviéramos de ahí hasta que los soltaran y los viéramos entrar en cada casa. Tuvo que ayudarme a subir al auto porque las piernas no me respondían. Dos horas más tarde los presos estaban en sus casas. A mí me ficharon porque le grité al comisario en la cara que sabía muy bien qué había pasado. “Aplicamos la ley de fugas” me dijo mientras me embadurnaba los dedos.

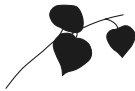
He podido titularizar el cargo de maestro en San José que sigo disfrutando, entre chicos que el portero lleva subidos al escobillón mientras lustra el piso, aprendemos mucho, juegan al truco, juegan a la pelota, juegan, juegan y jugamos.

La librería de Villa Obrera la atiende Nora mientras cuida a los niños, cocina, lava y mucho más, hasta pudimos comprarnos un auto, viejito, pero anda bien, con el que vamos a menudo con los mellizos a visitar a Indio, que ya tiene el pelo canoso y las mismas ganas de ayudar. Muchas veces lo hemos invitado a nuestra casa, a matear y comer un asado, pero Indio prefiere que vayamos nosotros. Creo que es porque San José es un laberinto en el tiempo del que nadie quiere alejarse, porque no es fácil encontrar el camino de regreso del lugar más parecido al paraíso que he conocido.



## **Biografía**

Mirta Leonor Rodríguez nació en Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, el 17 de octubre de 1949. Es profesora de Educación Primaria y Prácticas del Lenguaje, ha obtenido premios provinciales, nacionales e internacionales. Participa en antologías, talleres y encuentros literarios en la localidad de Lanús, provincia de Buenos Aires, donde vive en la actualidad. Publicó *Vos y voz*, Editorial Amaru (2018), volumen de “cuentos para sonreír”.



# La rebelión

Paula Echalecu

Llega Clarisa a la casa de los Tedeschi. Llega vestida de enfermera, porque la han citado. La han citado porque es momento de salir, de recibir los premios, de sonreír a los flashes y las fotos. Clarisa parece resignada. Como si hubiera dejado de hacer algo importante. Como si hubiese pospuesto la cena familiar, el encuentro con los nietos, la cervecita del domingo con el marido, en la pequeña terraza. Pero no es así. Aunque parezca que los Tedeschi la pusieron entre la espada y la pared; aunque todo indique que a Clarisa no le quedó otra que cumplir con la demanda de unos patrones que ordenan y esperan ser servidos sin titubeos, y no se preguntan por la necesidad o circunstancia del sirviente... aunque la escena aparente ser la clásica escena de la empleada sometida, Clarisa lo ha planeado todo.

Esta noche esperará a que Gabriela y Pablo salgan hacia la festividad de los cuarenta años de Malvinas, envueltos él en su traje de teniente del Ejército Argentino, y ella en un vestido que le aprieta demasiado el escote, disimulando el rollo de la espalda con una falsa piel de nutria que sostiene con el pliegue de los codos. Esperará a que sonrían y se despidan, que le den las indicaciones pertinentes: no despertar al señor Ernesto hasta las once de la noche, que es el turno de los últimos medicamentos del día; ofrecerle evacuar esfínteres y cambiarle el pañal antes de que se vuelva a dormir.

Clarisa espera y dice a todo que sí con sumisa calma; una calma y una sumisión que la convierten en el ideal del siervo, en la genuflexión personificada, algo que adoran los patrones, que se retiran victoriosos a recibir la condecoración del padre. Más tarde volverán con la medalla y el diploma, que acomodarán en la vitrina, junto a otros tesoros de guerra y la foto de la madre misteriosamente muerta a los treinta y ocho años. Pero ahora, deslizan dos o tres órdenes más, que implicarán que Clarisa realice tareas para las que no fue contratada: juntar objetos dispersos por la casa y lavar un incierto número de cosillas en la cocina, mientras no pierde de vista ni un segundo al viejo parapléjico, el veterano que dejó la juventud en las Islas y volvió a recoger la gloria del héroe inolvidable, el permanentemente condecorado, el ejemplo, el símbolo, el ícono militar.

La puerta se cierra y la casa queda en absoluto silencio. Clarisa detiene su impulso unos segundos y se congela en el centro de la escena. Se congela para oír que el automóvil se aleja con los hijos del viejo; para asegurarse de que ahora es dueña absoluta de la situación.

El anciano respira débilmente en la habitación principal, ayudado por fármacos y máquinas, que lo sostienen en un hilo de vida. Un hilo que debe perpetuarse al máximo, porque asegura una importante pensión vitalicia y la manutención de la casa y algunos lujos para sus hijos; esos hijos apropiados, que supo agenciarse ilegalmente en sus años dorados, ya que su amada esposa no podía concebirlos naturalmente; esos hijos que son su vergüenza y decepción; que no ama ni lo amarán jamás.

Clarisa camina a sus anchas. Patea un almohadón que hace segundos le mandaron a recoger. Deja que desaparezca detrás de algún sillón y se dispone a comenzar con el plan.

Ha esperado por años este momento. Lo ha masticado con ilusionado rencor desde los diecisiete años. Ha calculado cada paso hasta llegar a este presente que se le ofrece como un regalo de la justicia divina.

Con gesto de liberación, se arranca el guardapolvito de enfermera y lo arroja contra el piso, como quien revienta una granada e inicia una rebelión.

Clarisa inspira profundamente y absorbe el perfume de la venganza. Ha llegado la hora de despertar al viejo.

Se mueve con rapidez y sale rumbo a la habitación desde donde aparece, segundos después, con el viejo sentado en una silla de ruedas, medio dormido, encandilado por la luz del living. Lo estaciona en el centro de la sala y se sienta frente a él en el sillón principal. El viejo la mira sin entender. Clarisa prende un cigarrillo y fuma mientras lo observa.

—¿Qué hacés, piba? —pronuncia el teniente coronel, en un hilo de voz cascada y deformada por un accidente cerebro vascular que, aun así, no ha perdido el tono irreverente. Encorvado y todo, la observa por encima del hombro y luego le quita la mirada, en un gesto que enuncia la poca importancia que Clarisa le merece al hombre.

—¿Qué hago? Adiviná.

El viejo vuelve a clavarle la mirada, con el ceño fruncido y gesto de desdén.

Clarisa observa y guarda. Acopia. Se alimenta del menosprecio del viejo y procesa sus jugos como una mala comida que pronto explotará en su estómago.

Con irreverencia, se pone de pie y saca del bolsillo trasero del pantalón un pequeño fajo de fotografías. Se acerca al viejo y le sopla el humo de su cigarro en la cara. El hombre tose y Clarisa le pone delante una foto.

—Mirá. ¿Qué ves?

El viejo clava los ojos en la foto y se queda mirando. Algo reconoce, pero no lo demuestra.

—Nada. Sin anteojos no puedo ver nada.

Disimula y quita la mirada. Pero empieza a respirar con agitación. El miedo se desliza por su esquelética persona, de abajo hacia arriba, como una serpiente que lo recorre desde el escroto hasta la garganta.

Clarisa se da cuenta y disfruta.

—No te preocupes, viejito. Yo te voy a explicar.

Con la misma mano con que sostiene el cigarrillo, le señala la foto al viejo, que se ahoga con el humo y el terror de lo inminente.

—Este es el galpón donde estaban los uniformes. ¿Te acordás?

El viejo se hiela y clava la mirada en Clarisa. Nunca antes la escudriñó así. Ahora la está viendo por primera vez y cree reconocerla. Es la misma muchacha que sonríe en la foto, con uniforme de enfermera del Ejército Argentino.

Clarisa lo observa desafiante, orgullosa, como quien pone la cara para recibir el golpe, en un duelo de miradas en el que se borran las diferencias sociales. Segundos después, huele que el viejo se ha cagado encima.

Clarisa siente el hedor y también lo acopia como pólvora. Esta vez es ella la que habla con desdén:

—¡Quién te ha visto y quién te ve, teniente coronel! ¿Quién diría que el poderoso teniente coronel Tedeschi, que se comía el mundo y hacía lo que se le cantaban las pelotas, allá en Comodoro Rivadavia, iba a cagarse encima como un debilucho frente a una foto de la guerra? ¿Qué pasa, Tedeschi? ¿Me tenés miedo?

—Hija de puta —escupe el viejo.

Clarisa ha llegado al punto que planeó por años y se ve el disfrute con que transita la situación. Acaba de pronunciar las mismas palabras que Tedeschi le dijo hace cuarenta años, en un galpón del hospital ambulante de Comodoro Rivadavia, donde sirvió como enfermera.

“¿Me tenés miedo?”, le había dicho el teniente coronel segundos antes de empujarla sobre un montículo de uniformes, meter su mano entre sus ropas y violarla, mientras la amenazaba diciéndole que si mencionaba esto a alguien sus padres desaparecerían.

Diecisiete años tenía Clarisa cuando ingresó a un programa de enfermería para chicas que cursaban quinto año de la secundaria. Diecisiete años, que no fueron lo suficientemente escasos para salvarla de ser convocada a servir en el conflicto armado que todos conocemos como Guerra de Malvinas.

Ahora, cuarenta años después, las cosas han cambiado y tiene la oportunidad de devolverle a ese desgraciado todo su horror.

El olor a mierda ha invadido la escena y el viejo tiembla de pies a cabeza. En su imposibilidad de casi todo, grita. Y en vez de pedir socorro, sólo atina a insultar a Clarisa.

—¡Hija de puta! ¡Negra de mierda!

Clarisa inhala la podredumbre -la de la mierda y la de las palabras que salen de la boca del viejo- como si se tratara del más refinado perfume. Inhala y retiene. Acopia. Y una vez repleta de ellas, mira a su violador intensamente y le dice:

—Más respeto, che. Que soy la madre de tu hija.

La frase surte efecto. Los ojos del teniente coronel se abren inmensos. La escena se detiene. El viejo deja de gritar, la observa con perplejidad y respira con agitación.

En un inmenso silencio en que el hombre y la mujer se baten a duelo, el teniente coronel Tedeschi entiende.

Segundos después, llora.

Saberse padre biológico de un ser que transita esta tierra, lo cambia todo para él.

Esto provoca en Clarisa un pequeño conflicto interno. Su plan, tal como estaba diseñado, entra en crisis.

Una inesperada dimensión parece haberse abierto en el corazón del viejo, que sólo atina a decir, entre olor a mierda, sollozos y babeos:

—¿Tengo una hija? ¿Una hija mía?

En ese instante, Clarisa vislumbra el giro que tomará la historia.

—¿Una hija? ¿En serio? —pregunta el hombre, con la guardia totalmente baja y los ojos llenos de lágrimas.

La sincera emoción del viejo será la última munición que la mujer acopiará para su íntimo y unipersonal ejército. Una munición que no esperaba usar, pero que se presenta como broche de oro para su venganza.

Clarisa se acomoda, tira el cigarrillo al piso, lo aplasta con la zapatilla y se dispone a explotar su pólvora en la cara del viejo:

—Sí. Se llama Malva. Tiene treinta y nueve años y es médica pediatra.

El goce sube por su delgado cuerpo. Lo mastica lentamente, antes de prender la mecha y huir para siempre:

—Es tu hija. La única hija, fruto de tu sangre, que vas a tener en tu vida. Yo sé que para vos eso cuenta. Y nunca, jamás, la vas a conocer.

Prende un nuevo cigarrillo mientras observa victoriosa a su enemigo.

Segundos después, su cuerpo gira y Clarisa sale de la casa.

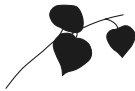
La palabra “nunca” explota como una granada, en el living de la casa de los Tedeschi. La rebelión ha estallado.



## Biografía

Paula Echalecu es actriz, dramaturga, docente y directora de teatro, formada básicamente en el I.U.N.A. (Buenos Aires, Argentina). Estudió también Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires, pero no terminó la carrera. Ejerció el periodismo cultural desde 1993 hasta 2011. Es codirectora de *Del Borde Teatro*, con sede en Las Flores, provincia de Buenos Aires. Escribe poesía, prosa poética y dramaturgia desde que aprendió a escribir.

Obtuvo el 2º premio en el concurso Dramaturgias Escritas por Mujeres, organizado por el Instituto Nacional del Teatro en 2020, con su obra *El Refugio*, publicada por la editorial INTeatro y traducida al inglés, alemán e italiano. 1º Mención en el Concurso de Obras de Teatro de Humor para la Fiesta del Cigomático Mayor V 2021. 3º Premio en la VI Edición en el Concurso de Obras de Teatro de Humor para la Fiesta del Cigomático Mayor VI 2022. Mención como finalista del I Concurso Literario Internacional “Objetivo más letras”, con sede en Cataluña, España. Mención Honorífica en el I Concurso Internacional de Dramaturgia para Mujeres “La Tempestad”, con sede en Chile con su obra *El juicio de Salomé*.



# Ostrakismos

Griselda Labbate

Estocolmo, 27 de julio de 1977

Querido Ricardo,

Te escribo mientras miro el mar. Hay bastante sol y los suecos salen a pasear, les gusta el sol, el mar está demasiado frío pero disfrutan de los pocos días de tregua. Usan unas ojotas espantosas, y leen el periódico aunque sus mechones dorados al viento se interpongan permanentemente. No parecen tenerle miedo a nada. ¿A quién no le agrada el verano? A mí me gusta; aunque he envejecido mucho, siempre me resultó placentero sentir el roce de la brisa matinal y escuchar a las chicharras a la hora de la siesta. Aquí ya no las escucho, claro. Tampoco te escucho a vos, ni a Claudia, pero, ¿qué podría hacer? Mamá estaba tan preocupada, Ricardo. Te aseguro que estaba preocupada, lo podría jurar. Y aquí estoy, pasando el verano, solo, a salvo. A veces escucho los gritos, las patadas, las corridas, a veces la veo a mamá llorando, pero sólo cuando anochece y allá es de madrugada. Cruzo los dedos y me tiro debajo de la cama, a veces. Siempre recuerdo la clase de Educación Democrática, no sé si te acordás, a vos te gustaba tanto, qué pesado eras, Ricardo. En fin, en esa clase, cuando la daba el cura, habló una vez de Sócrates, y dijo que él prefirió morir antes que ser desterrado. ¡Me pareció tan ridículo! Se lo dije, el cura no me contestó porque no sabía qué decirme, yo me reí, me dijo que

me callara la boca, ojalá hubieses estado para defenderme. Y ahora lo entiendo muy bien, ¿quién despreciaría a la muerte estando aquí, a salvo? Yo la espero, la espero acá en este muelle, la espero cuando me duermo, la espero cuando meto la cabeza abajo del agua pero no me aguanto y tengo que salir a respirar, soy así, siempre fui así.

Cuando sé que allá es de día, me siento tranquilo y me alivia pensar que estás mejor vos que yo, porque yo ya no vivo, no, Ricardo, atendeme, yo no estoy bien, a mí me daba lástima mamá y cuando me quise dar cuenta ya estaba arriba de un avión, no sé qué pasó, no es que quiso salvar a uno y al otro no, es que sos tan tozudo, Ricardo, realmente, de corazón te lo digo. Fue tu decisión, ¿qué querés que te diga? Mamá te dijo, te dijo lo mismo que a mí, yo no soy responsable por lo que elegiste como un hombre adulto que sos. Punto, se acabó el tema.

Tuve que dejar de escribir un rato porque se me acercó un nene y me pidió algo en sueco, por supuesto no entendí y respondí con mi estúpida sonrisa complaciente. Vino el hermano mayor y se lo llevó, siempre hay uno más valiente que el otro, ¿no? Justo de lo que hablaba recién. Ricardo, el héroe. Ricardo, el intransigente. Ricardo, Ricardo, seguramente mamá no te mandó para tenerte más cerca. Ayer me llamó por teléfono y me dijo entre sollozos, “*Vos por suerte estás allá, bien, TRANQUILO*”. Tranquilo. Sí, mamá, gracias, le dije, gracias por pensar en mí, Ricardo va a estar bien, todavía no se sabe nada, ¿qué querías que le dijese? Yo acá estoy bien pero escucho los gritos y me siento mal, entonces meto la cabeza abajo del agua y me siento mejor porque sufro como ustedes y porque estoy más cerca tuyo, abajo del agua te escucho más y al menos no es que estoy tomando mate o leyendo el diario, ¿me explico? Yo no estoy de vacaciones, no te lo digo más.

Le robé una botella de Coca-Cola al niño sueco, me acerqué despacito y se la robé, el padre me dijo que era un cobarde, que no tenía agallas, que ni valía la pena, eso se lo dijo al hijo, en sueco por supuesto. Yo me fui corriendo, no hablo con muchas personas, sólo te escribo a

vos y a mamá, pero a ella no le digo la verdad porque ella sí me lee y me da pena. Ella te espera, al menos yo existo, vos nunca le escribís, no le hablás. ¡Aparecé Ricardo! ¡Por favor! ¿Vamos a tener que estar esperándote toda la vida? ¿Toda la vida sin saber nada de vos?

Si al menos supiera dónde enviar esta carta, si tuvieses esa delicadeza, pero no. Yo meto la cabeza abajo del mar y te busco. Te voy a mandar ahí esta carta, está lejos pero no creo que exista el apuro o la impaciencia donde estés, no lo sé porque estoy acá en Estocolmo, estoy vivo yo (¿vos?). Te digo algo, vamos a hacer una cosa, yo le robé recién a este nene la botella, voy a meter la carta adentro, la ato a una piedra grande, bien grande y te la mando al fondo del mar. ¿Vos también estás atado a una piedra en el fondo del mar? Yo sí, estoy atado a una piedra, pero me levanto igual, y le escribo a mamá, y la vida sigue, no puedo hacer nada más. Nada más. Si lees todo esto me podés contestar, hablame en el agua que yo te escucho, no sé si ya te dije que meto la cabeza abajo hasta que no puedo respirar y la saco. Acordate de escribirle a Claudia también, si sabés dónde está porque esa es otra que mirá, mejor ni te digo para no darte un disgusto. Al final soy el único que está, el único que está. Bueno, no te voy a reprochar nada más. Cada uno hace lo que puede. Yo te quiero tanto, te admiro mucho, sos tan inteligente y tan buena persona. Siempre quise ser como vos, y ahora más que nunca, quiero estar en tu lugar, no quiero estar acá. No digo que sea feo, no me malinterpretes, es linda la costa. Me dijeron que en invierno el agua se congela y no voy a poder hablar con vos por un tiempo, por eso estoy apurado ahora para mandarte esta carta. Extraño las chicharras a la hora de la siesta, y el vendedor de helados, aunque allá también lo extrañaba, seguían estando pero ya no los disfrutábamos mucho. A lo último ya no disfrutábamos nada, pero estábamos donde teníamos que estar. Eso era vivir de verdad, es lo que te decía sobre Sócrates, que prefería que lo maten a que lo echen, no te lo vuelvo a contar porque ya te lo dije, y no te transcribo nada de la biblioteca porque acá debe estar en

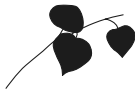
griego o en sueco, y no me traje los apuntes de la secundaria porque me vine muy apurado, me metieron de prepo en un avión y no hice a tiempo. Pero cuando nos volvamos a ver los leemos juntos, tomamos mate a la noche y charlamos de la escuela, pero sin escondernos, sin que se corte la luz, por favor, Ricardo, por favor, no quiero, yo no quiero más, me hace mal, te escribo sobre otra cosa, no quiero hablar más de este tema porque no puedo respirar, mamá dice que vea a un psiquiatra pero, ¿qué podría decir? No hablo sueco.

Bueno, me cansé de escribir y me estoy llenando de arena, son las seis de la tarde y es muy de noche, ya se durmieron todos los vecinos y empiezan las patadas en la puerta. Voy a caminar un rato por el muelle así nadie me encuentra; de todas maneras acá la gente se preocupa por otras cosas, por cosas como el clima o por los chicos que se drogan, o se matan, pero bueno, cada uno hace lo que puede, mejor no juzgar a las personas.

Por siempre tuyo.  
Hernán.

## **Biografía**

Griselda Labbate nació en Quilmes, provincia de Buenos Aires, en el año 1984. Es profesora de Historia y ejerce la profesión desde muy joven, en los niveles secundario y terciario. Además, es Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Quilmes y lleva adelante tareas de investigación histórica. Esas actividades se orientan especialmente, al vínculo existente entre la Historia y la Literatura. Es escritora de cuentos destinados al público infantil y al adulto.





# Un favor

Pilar Laje

—Hola. ¿Está ocupado este lugar?

—Hola. No, no, por favor si querés sentate.

—Gracias —dijo mientras se sentaba a su lado.

Ana se quedó unos minutos más. Tomó un sorbo de su botella de agua. Miró el cielo, estaba totalmente despejado, sintió la corriente que soplabá a esa hora de la mañana. Por un instante cerró los ojos, se olvidó del extraño que tenía a su lado. Inspiró profundo, contuvo el aire y exhaló sonoramente como queriendo que sus pulmones retuvieran por siempre ese fresco del aire matutino mezclado con el olor del pasto del parque mojado por el rocío. Todo duró unos segundos. Abrió los ojos y se dio cuenta de que ese muchacho estaba allí observando detenidamente su ritual. Se rió nerviosa, le dio un poco de vergüenza.

—¿Siempre hacés esto? —preguntó el desconocido mirándola.

Ella iba todos los martes y jueves por la mañana temprano a correr al parque y cuando terminaba su rutina aeróbica se sentaba en ese banco donde estaba ahora. Siempre hacía lo mismo. Antes de volver a su casa y a sus ocupaciones. Inspiraba todo el aire que le cabía en los pulmones como para quedárselo un poquito más y que la acompañara el resto del día. Era como un saludo de despedida que ponía fin a su ejercicio; una operación ruidosa, sí, pero nunca nadie la escuchaba, porque siempre estaba sola.

Era la primera vez en mucho tiempo que alguien aparecía por allí a esa hora de la mañana. De hecho, ese banco era su banco del parque.

Iba a pararse e irse, pero sintió un malestar que le empezó en la punta de los dedos y le recorrió los brazos hasta instalarse en la boca del estómago y la obligó a quedarse. Tenía que saber por qué ese hombre estaba allí entrometiéndose en su mañana. Sentándose justamente en ese banco.

— ¿Vos venís siempre a este parque? Es la primera vez que te veo —Ana preguntó, sintiéndose un poco molesta por la intrusión de ese desconocido.

—A veces ando por acá —le dijo sonriendo.

Ella percibió una tristeza inmensa en esa sonrisa que la desmoronó. Todo lo que iba a decirle desapareció de sus labios. Se relajó. La puntada que un instante antes la atenazó ahora la liberaba. Se quedó sentada allí unos minutos más solo mirándolo. Sin poder hablar. Todo él tenía un aire melancólico y triste. Entonces se dio cuenta de que se le hacía tarde, así que se levantó:

—Bueno, me tengo que ir, suerte —le dijo a modo de saludo mientras se paraba. Se alejó hacia sus ocupaciones. Él se quedó sentado viéndola alejarse sin decir nada; solo hizo un gesto como de saludo con su mano.

Toda esta escena hubiera desaparecido muy rápidamente de su memoria de no ser porque el martes de la mañana siguiente el desconocido volvió a sentarse en su banco del parque. La situación se volvió a repetir de forma muy parecida a lo que había sido la semana anterior.

—Me llamo Julián —se presentó esta vez mientras se sentaba a su lado.

—Yo soy Ana.

Otra vez sintió una profunda congoja al verlo. La mañana fresca de primavera por un instante le pareció una escarcha de agosto. Tembló un frío de muerte. Él lo notó en silencio.

Ella lo observó con detenimiento. Él la miraba y le sonreía sin decir nada. Era un muchacho joven, tendría veinte y pico; alto y

flaco, un poco desgarbado. No tenía nada especialmente llamativo. Pelo corto, ojos marrones, ropa informal: jeans, remera y zapatillas. Lo único que le llamaba la atención era su aire de pena infinita. Le hizo acordar a un cachorrito recién separado de su mamá. Todo él emanaba indefensión.

—Nos vemos —dijo Ana despidiéndose después de unos minutos.

—Si andás por acá —contestó él.

—Vengo todos los martes y jueves a correr al parque, si no llueve.

—Bueno entonces seguro nos volvemos a cruzar —indicó sonriendo nuevamente con una inclinación de cabeza.

Y así fue. Durante varias semanas Julián aparecía en el momento en que ella terminaba su rutina de ejercicios y ambos compartían por un rato el banco con vista al parque, a esas horas semidesierto. Ana se dio cuenta de que le gustaban esos encuentros. No podía explicarse bien por qué pero sabía que los deseaba. Después de varias semanas, ya los esperaba ansiosa. No hablaban mucho: del clima, de las virtudes del deporte y la vida sana, de los árboles que los rodeaban.

Después de un mes, Ana se dio cuenta de que Julián parecía ir allí por ella; pero apenas conversaban de cosas triviales, casi no lo conocía. Supuso que era muy tímido, que quería invitarla a salir y no se animaba. Cuando pensaba en él, que era cada vez más seguido, solo le llegaba esa sensación que había sentido desde que lo conoció. Esa necesidad de cuidarlo, abrazarlo, protegerlo, de alguna manera sacarlo de ese estado de vulnerabilidad mezclada con melancolía en que parecía estar siempre. Se dio cuenta de que eso la atraía, pero al mismo tiempo era un como una grieta profunda y oscura que los separaba. No entendía bien de qué, porque en definitiva no había más que un vínculo casual que no pasaba de encontrarse a charlar después de hacer gimnasia.

Para el siguiente jueves ella tenía en mente tratar de saber un poco más de ese chico. Él llegó como siempre y ella le hizo un lugar en el banco, que ya compartían. No se tocaron, le dejó el espacio justo para

que se sentara sin necesidad siquiera de rozarla. Ana se percató de que en todos esos encuentros nunca habían tenido contacto físico. Ni un roce. Atinó a mover su mano hacia donde estaba el brazo de él, pero el movimiento quedó a mitad de camino cuando él retrajo su brazo hacia su cuerpo alejándose.

—Ya somos amigos, ¿no? —dijo Julián en ese momento. Se detectaba un hilo de miedo en su voz, que se sumaba a su aire habitual de intrínseca tristeza.

—Sí, sí claro —contestó Ana; sin saber muy bien qué decir, ni cómo actuar.

No entendía por qué le había rechazado la caricia y al mismo tiempo parecía que todo él pedía a gritos un abrazo. Por otro lado, le reafirmaba su amistad alguien que en realidad todavía seguía siendo un perfecto desconocido. Después de eso, se levantó decidida a no volver más. Al fin y al cabo, había cientos de lugares donde podía ir a correr.

El martes siguiente llovió y Ana suspendió su ejercicio. El otro jueves no se sentía bien y decidió quedarse en cama. Así pasaron varias semanas. La idea de volver a correr al parque de siempre la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo sentía que necesitaba saber qué pasaba con ese chico. Podía ir a otro lugar a ejercitarse y seguir con su vida como si nada, pero tampoco quería entregar su parque así como así. Ese era su lugar, él había venido de la nada a sacarle su banco y no tenía derecho de despojarla.

Decidió dejar pasar el tiempo, empezó a ir a correr a otro lugar más lejos de su casa; pero seguía enojada por la sensación de incertidumbre que aún le generaba ese muchacho tan extraño. Pasaron varios meses y una mañana se atrevió a volver. Iba confiada, segura de que ella sola ocuparía el banco. Había dejado de ir y esa era una señal inequívoca de que el vínculo cualquiera fuese se había cortado. Ella lo había dado por terminado al no volver más y seguramente él después de ir infructuosamente varios martes y jueves y no encontrarla habría entendido ese mensaje.

Cuando llegó al parque todo lo que había estado en su mente desapareció. Estaba lleno de albañiles, constructores, cascotes; el ruido de los martillos mecánicos era ensordecedor. No se esperaba ese espectáculo. Fue hasta el banco, su banco y vio que en su lugar había una pila de escombros.

—Se vienen las elecciones, señorita y estamos remodelando los espacios verdes de la ciudad —le dijo un obrero con casco y pala en mano —puede ir a hacer ejercicio a la plaza de la otra cuadra; ahí todavía no estamos trabajando.

Ana le agradeció y comenzó a caminar hacia donde le había indicado el hombre. En ese momento, solo sentía bronca. Le molestaba encontrarse de golpe con que le habían arrebatado su espacio. Su banco, que era como una bisagra de relax entre el fin del ejercicio y el inicio de la jornada laboral diaria. Ya se había olvidado que hacía muchos meses que ese lugar había desaparecido de su vida. Que iba a otro parque más lejos de su casa, que justamente por eso no se había enterado de que en el sitio donde estaba su banco ahora pondrían un hermoso cantero con plantas y flores. La compañía constructora había pegado carteles en todo el predio avisando del inicio de las obras de remodelación. Ella no lo sabía, porque hacía muchos meses que ya no iba a correr allí. Además notó que todo el parque estaba empapelado de carteles con fotos de los candidatos a primer jefe de gobierno de Buenos Aires. No se podía negar que las elecciones estaban a pleno, por lo menos en ese lugar de la ciudad.

Pensaba en todo eso, mientras recorría el trayecto a la nueva ubicación y estaba llegando cuando vio a Julián sentado en las hamacas de la plaza. Estaba ahí, solo, como ido, mirando el vacío. Se fue acercando y lo reconoció; la remera, el jean y las zapatillas de siempre. Esta vez fue ella la que se arrimó a donde estaba sentado.

—Hola qué haces acá, tanto tiempo. Nos volvemos a encontrar —atinó a decir, muy nerviosa. Se dio cuenta de que le transpiraban las manos. Hubiera querido darle un beso en la mejilla pero no se

animó. Solo se sentó en una hamaca al lado de él tratando de controlarse. Parecía que el tiempo no hubiese pasado. No entendía bien cómo era que él estaba ahí en ese momento pero se alegraba de esa coincidencia cósmica.

Ya se había olvidado de la construcción, del parque, de los candidatos, de la bronca por la pérdida del banco.

—Hola, qué suerte que hoy viniste. Necesito pedirte un favor —dijo casi como una súplica.

Ana le contestó un tímido: —Sí; ¿qué necesitas? —al tiempo que lo miraba y le sonreía tratando de reconstruir cierta complicidad que alguna vez hubo entre ellos —la verdad, estoy sorprendida de encontrarte acá.

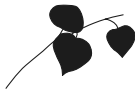
—Yo no. Sabía que en algún momento ibas a volver; pero no me esperaba que remodelaran el parque. Desde que empezaron las obras estoy vagando por esta plaza. Y vos llegaste de nuevo.

Ella se quedó en silencio mirándolo. Sus ojos ansiosos le pidieron que siguiera. Supuso que por fin se animaría a dar un paso para acercarse. Él dijo:

—Me llamo Julián Paredes. Tengo, tenía veinticuatro años. Vivía en Aráoz 3275, una noche cuando volvía de la facultad, hace casi veinte años, me llevaron de la entrada de mi casa. No vi más a mi vieja. No sabés cómo la extraño. Necesito que vayas a buscarla. Ella sigue viviendo en la misma dirección, si vas la encontrás. Si no, podés ir un jueves a la Plaza de Mayo, ahí la vas a reconocer por el pañuelo blanco y porque lleva siempre al cuello, aunque haga frío o calor, una bufanda roja y azul que me tejió cuando cumplí veinte años. Necesito que le digas que me enterraron en el parque donde vos ibas a hacer gimnasia. Quiero que ella tenga la posibilidad de saber dónde está lo que queda de mi cuerpo, antes de que destruyan todo con las topadoras.

## **Biografía**

Pilar Laje nació en Palermo, Ciudad de Buenos Aires, es Profesora de Historia, productora de seguros y casi traductora de inglés. Despunta el vicio de la lectura y la escritura desde hace muchos años. Vivió algún tiempo en Lanús, provincia de Buenos Aires y en la ciudad de San Luis; en estos últimos años en la capital puntana participó en los talleres literarios de “Silenciosos Incurables” dictados por Viviana Bonfiglioli y en talleres literarios y seminarios dictados por Carlos La Casa.

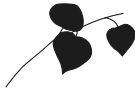




# Índice

Introducción.....	9	
Prólogo.....	11	
<b>Poesía</b>		
Primer Premio .....	13	
Rostros con memoria de Roberto Ayala.....	15	
<b>Menciones</b> .....		19
En el parque de la memoria de Viviana Abnur .....	21	
Betty en el agua de María Verónica Simonetti.....	25	
<b>Narrativa</b>		
Primer Premio .....	31	
Algo habrán hecho de Oscar René Blanc .....	33	
<b>Menciones</b> .....		47
El olímpico de Andrés Schinocca.....	49	
Ha llegado una visita de Jorge Roberto Zanardi .....	59	
Indio, héroe sin bronce de Mirta Leonor Rodríguez.....	67	
La rebelión de Paula Echalecu .....	75	
Ostrakismos de Griselda Labbate.....	83	
Un favor de Pilar Laje .....	89	





**Axel Kicillof**

Gobernador de la Provincia  
de Buenos Aires

**Verónica Magario**

Vicegobernadora de la Provincia  
de Buenos Aires

**Julio Alak**

Ministro de Justicia y Derechos Humanos  
de la Provincia de Buenos Aires

**Matías Moreno**

Subsecretario de Derechos Humanos  
de la Provincia de Buenos Aires











EDITORIAL  
**MeVeJu**  
Derechos Humanos PBA

**DERECHOS  
HUMANOS**

---

**MINISTERIO DE  
JUSTICIA Y  
DERECHOS  
HUMANOS**

---



**GOBIERNO DE LA  
PROVINCIA DE  
BUENOS  
AIRES**



ISBN 978-631-90009-3-1



9 786319 000931